

Emilio

No concibo como hay quien puede sentirse orgulloso por obtener el segundo lugar. Al menos yo, odio la sensación del *casi*, esa opresión en el estómago al pensar que pudiste haber ganado si hubieras llegado un minuto antes, si el balón no hubiera pegado en el poste, si algo extraordinario hubiera ocurrido... ese *si hubiera*, siempre me ha generado mucha frustración.

Ya lo hemos escuchado: El segundo lugar es el primer perdedor y a mí nunca me ha gustado perder.

Paso los dedos entre mi pelo, es evidente que me siento desesperado. Me cuesta mucho trabajo creer que estoy huyendo de *Ella*. La versión oficial es que me voy a Colombia para cerrar un importante trato de negocios con una empresa gigante, un corporativo que nos dará crecimiento y mayor proyección en Latinoamérica. La realidad es que necesito nuevos aires y otros escenarios que me ayuden a no pensar en *Ella*. Requiero despejar mi mente y dejar de darle vuelta a esos pensamientos donde imagino una y otra vez, lo que pudo haber pasado si ella me hubiera dado de verdad una oportunidad.

Le doy un sorbo a mi café y una risa irónica me brota espontáneamente cuando pienso que lo endulcé con solo medio sobre de azúcar. Desde que vi que ella usaba solo la mitad la imité ¿Por qué lo hice? Fácil, porque imaginé que en algún momento terminaríamos compartiendo ese sobre como una pareja. Soñé que tarde que temprano seríamos un equipo.



Inhalo profundo para de una bocanada expulsar todo ese aire que llevo atorado en los pulmones. Me genera incomodidad recordarla, hacerla presente me hace fantasear en lo que pudimos haber sido; idealizo lo que pudimos haber construido.

Tengo la seguridad de que si ella hubiera elegido intentarlo, la pude haber conquistado. Hubiera terminado enamorada de mí. Si él no hubiera existido, no existiría duda de que éramos el uno para el otro.

¿Cuántas veces hemos escuchado que el hubiera no existe? Es una frase hecha que sirve para derrumbar muros de ilusiones. Aunque sé el significado de esa frase, en mi cabeza existen imágenes de un universo paralelo, una realidad donde formamos una familia maravillosa. Sin esfuerzo, mi cerebro nos proyecta a los dos juntos. Nos veo sonrientes, mostrando todos los dientes frente a un enorme pino de Navidad, vestimos *ugly sweaters* a juego, son varias fotografías, al principio solo estamos acompañados por un perro después se integran varios niños.

Esas imágenes son reales en mi mente, puedo olerlas, incluso podría tocarlas si cierro los ojos y estiro la mano.

¿Qué tengo ahora? Solo el eco de esos pensamientos, hologramas que viven en la imaginación, escenas borrosas que nunca se materializaron, que no serán posibles. ¿Ego? ¿orgullo? ¿amor? No lo sé, y pensar en cada una de esas palabras me lastima.

¿Cuánto puede doler un amor no correspondido? Desconozco si está científicamente comprobado o medido ese dolor. Y ya sé que nunca nadie ha muerto por una decepción amorosa, pero estoy convencido que sí hay dolor en un corazón roto. Y no entiendo por qué los hombres nunca hablamos de ello.



“Pasajero Emilio Ibarzüengoitia”

Mi nombre se escucha fuerte y claro por los altavoces del aeropuerto y me sobresalto. Estaba tan absorto en mis pensamientos que no me di cuenta que todos los pasajeros ya habían abordado el avión.

Doy un vistazo a la sala de espera, sonrió con desgana siendo consiente que solo soy uno más en el planeta, aquí junto a mí hay cientos de personas que siguen su vida, con sus propias alegrías y sus propios problemas. Dicen que todo pasa y esto eventualmente también pasará. Bebo el último sorbo de mi café, otro suspiro y me pongo de pie. Con la mano izquierda agarro mi maleta y sin mucho ánimo camino rumbo al mostrador para presentar a la azafata mi documentación.

Llegó el momento de abordar ese avión. Quizá este viaje me lleve a un destino donde me olvide que existe María, un destino donde pueda crear nuevos recuerdos sin ella. Tal vez es ésta la oportunidad de comenzar a escribir una nueva historia.

